



SALAS DÍAZ, Miguel, *La Luz*, Madrid, Hiperión, (X Premio de Arte Joven – Poesía- de la Comunidad de Madrid, 2007. 76 pp. ISBN: 978-84-7517-897-4.

Eva Álvarez Ramos
(Universidad de Valladolid)

El Jurado del Premio de Arte Joven a la Creación Literaria (Poesía) de la Comunidad de Madrid, formado por Jorge de Arco, Miguel García Posada, Juan Carlos Mestre, Jesús Munárriz y Juan Van-Halen decidió conceder el X Premio de Arte Joven –Poesía- de la Comunidad de Madrid a Miguel Salas Díaz. Este libro es el resultado del premio a ese trabajo poético.

Los vaivenes viajeros de Salas Díaz, –que acaba de doctorarse en Teoría de la Literatura en la Universidad de Valladolid- sus continuos cambios de domicilio y las vivencias interculturales que ha arrastrado a sus espaldas en los últimos años: Valladolid, Urbino, Madrid, Galicia, Manchuria... permiten al escritor de estos poemas, transmitir al lector una perspectiva amplia y variada de la visión de las circunstancias personales del poeta.

El título resume esas vivencias: *La Luz* y, hay un verso en su obra que, a mi entender, puede sintetizar el contenido de este poemario: “*Cada ciudad, amor, tiene su noche, me dijo ella un día*”. La luz no se reduce sólo al ámbito de las ciudades por las que Miguel Salas ha discurrido; la luz de las relaciones personales, de los encuentros solitarios con el yo perdido o encontrado en un nuevo lugar, la luz y la sombra del contacto con los otros y con uno mismo, de las preguntas con o sin respuesta que estos versos encierran; la familia, el recuerdo iluminado de la infancia y de la juventud; todo en fin, se reduce a eso: a la luz y a la sombra que Salas Díaz de una manera muy personal sabe transmitir en sus versos.

Se han agrupado sus poemas –si es posible aglutinar la poesía- siguiendo el hilo argumental de los mismos bajo las siguientes denominaciones: *Las albas rotas, La luz*

inhabitable, La isla del primer sol (un día en mis ciudades), La ofrenda de la luz (carta a los míos).

En *Las albas rotas* y *La luz inhabitable*, se produce el diálogo constante del yo y el tú, que se modifican, –sin dejar de ser ellos- en muchas ocasiones, en el ella y el yo.

La isla del primer sol, es donde más nítidamente podemos descubrir la estancia del autor en lugares lejanos a su patria –aunque es difícil mantener una patria cuando se es como Miguel ciudadano del mundo-, pero el lector puede reconocerse –sin problema alguno- mirando a través de una ventana en cualquier lugar remoto del mundo. No importa que aparezcan especificados los lugares, todo puede ser nombrado y no ser reconocido, o a la inversa, todo puede reconocerse sin ser nombrado, porque la experiencia vital del poeta representada en sus versos, carece de fecha de caducidad y de lugar de origen. No importa la ciudad, importa la sensación que transmite esa mirada sutil y cálida del que observa sin ser visto, del que succiona cada retazo de cotidianidad para hacerlo propio y dotarlo de un carácter subjetivo e íntimo que desvirtúa, por ejemplo, ese paseo de los monjes por Urbino, para convertirlo en un jirón de vida de alguien en algún lugar. Aquí no hay fechas ni nombres y si los hay, son susceptibles de ser encajados y acoplados a la vida de cualquiera en todo momento al que pueda equipararse.

Si algo queda en las palabras, es el valor de poder identificarse siempre con aquello que cuentan, con lo que leemos o nos leen. Es, para todos aquellos que ya lo conocen –sabrán reconocerse- en los versos de otro que no dejan de ser nuestros: “Ya sé que no es eterna la poesía, pero sabe cambiar junto a nosotros, aparecer vestida con vaqueros, apoyarse en el hombre que inventa un amor y que sufre de amor cuando está solo”¹.

Porque cualquiera puede mirarse en su espejo y reflejar todo aquello que fue suyo y que fue incapaz de nombrar o de plasmar en palabras, aquí puede encontrar esa transformación palpable y legible de la idea, donde la luz y la sombra conviven sin ser opuestas, sin pelearse, simplemente como elementos complementarios de lo que es, a fin de cuentas, vivir: una amalgama de contrarios que siempre encuentran su sitio y así se demuestra en estos poemas.

¹ GARCÍA MONTERO, Luis, “Garcilaso 1991”, en *Poesía (1980-2005)*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2006, pp. 320-321.